

Kikkakes y yerba mate: ir tan lejos, estar tan cerca

Nora Franco*

que son resultado de los replanteamientos constantes derivados de la veloz transformación del conocimiento y de la sociedad; los campos de frontera, que se crean a partir de los límites de una disciplina, o bien, a partir de la colaboración interdisciplinaria, como, por ejemplo derecho ambiental, bioética o inteligencia artificial. Por lo que, en algunos casos, se requiere de una sólida formación en dos o más disciplinas y, finalmente, la conservación y fortalecimiento de los campos existentes.

¿Considera que es posible alcanzar la meta de uno por ciento para ciencia y tecnología al final de sexenio?

Considero que las difíciles condiciones internacionales, aunadas a los problemas propios que enfrenta el país, harán que, finalmente, la consecución de dicha meta sea práctica y, lamentablemente, inalcanzable. Actualmente, si nos atenemos a las declaraciones del titular del Conacyt, la inversión en estos rubros es de 0.42 por ciento del PIB. Esto significa que habría que incrementar sustancialmente dicha cifra en los tres años que le quedan a este régimen y, si somos realistas, parece una meta imposible de lograr. A pesar de lo anterior, es preciso que el Estado realice su mayor esfuerzo para acercarnos a esa meta.



A veces sucede: conocemos a dos personas de orígenes y culturas diferentes, antípoda geográfica y lingüística y, sin embargo, esas lejanías resultan cercanas en un determinado punto. El que surge cuando, sin tener plena conciencia, se está en la búsqueda de una memoria personal y social postergada o de aquello que brinde respuestas a una identidad cuestionada. Es el caso de Mónica Cejas, argentina, africanista y residente en Japón, y de Midori Iijima, japonesa "por accidente", como ella misma lo define, latinoamericana, con varios años viviendo en distintos países de América latina. Esta columna de entrevistas que mensualmente se publica las presentará a ambas. Este mes será Mónica Cejas, de 38 años, quien nos revele los recorridos de sus investigaciones académicas en Argentina, México, Japón y Sudáfrica, para descubrir que todos los caminos la conducen a su pueblo natal rebelde y, por eso mismo, reprimido durante la dictadura militar que se instaló en el país sudamericano a partir del 24 de marzo de 1976. Las páginas de septiembre estarán dedicadas a Midori Iijima, mujer que nació en Tokio en 1960 y que, 22 años después, llegaría a América latina por la puerta azteca.

—¿Cómo resulta esa combinación de ser argentina, africanista y vivir en Japón?

—Se explica con una palabra japonesa, *kikkake*, que significa "aquello que de pronto sucede en la vida y hace cambiar el rumbo que hasta ese momento llevaba". En mi caso, varios *kikkakes* hicieron variar la idea original que tenía de mi futuro cuando estaba en Argentina.

Soy de Villa Constitución, un pueblo de la provincia de Santa Fe, donde estudié un profesorado en historia. Después, en la Universidad de Luján —provincia de Buenos Aires—, me incorporé a un programa para estudiantes del interior del país egresados de un profesorado, o sea, mi caso. Me inscribí en un curso de historia política y el día que debía comenzar, el coordinador nos dice que, por un error, en esa fecha iniciaba un curso de historia de África, del periodo independentista de los años sesenta-setenta.

—Primer *kikkake*.

—Exacto, incluso dudé un poco pero el coordinador nos aconsejó que lo hiciéramos porque la profesora María Elena Vela era una persona muy interesante, una argentina que acababa de llegar de México, donde se había exiliado durante la dictadura. Acepté y tomé todos los cursos que ella impartió en los dos años. Te estoy hablando de mediados del 80. La profesora Vela logró que otro compañero y yo tuviéramos cargos de ayudante, de modo que me fui a vivir a Luján: estudiaba, trabajaba en la universidad, daba clases de historia para estudiantes de nivel secundario y, poco a poco, comenzaba a pensar en mi futuro como africanista, considerando que en Argentina no había, ni hay, una carrera específica sobre África. En esa época, en América latina sólo existía la maestría en estudios sobre Asia y África que ofrecía el Colegio de México. Me postulé a una beca, me aceptaron y viajé a México. Fueron tres años de estudios muy intensos. Antes, cuando todavía estudiaba en la Universidad de Luján, me había interesado en Sudáfrica, especialmente en la lucha *antiapartheid*, que por esos tiempos, década del ochenta, era muy

* Periodista argentina radicada en El Salvador

violenta. Fue mi tema de investigación en Argentina y yo pensaba seguir investigándolo. En cambio, en el Colegio de México, la orientación de la carrera no daba énfasis en la historia contemporánea y los profesores me aconsejaron cambiar de tema y, paralelamente, que comenzara a trabajar en estudios de género, algo de lo que no sabía nada. Cursaba el segundo año de la maestría y sabía que, como toda estudiante sin recursos, tendría que pensar en optar por una beca para continuar mi carrera. Me horrorizaba que tuviera que caer en lo clásico: solicitarla para ir a Estados Unidos.

—¿Resistencia de qué tipo?

—Ideológica. Sin duda, por haber vivido en dictadura. Durante el régimen militar, yo estudiaba historia en Villa Constitución con profesores que lo habían sido de universidades prestigiosas, pero tuvieron que irse de esas universidades por la persecución militar, y continuaron enseñando en institutos del interior del país. Fue un privilegio contar con profesores que eran una eminencia. Estudiábamos con textos de hojas amarillentas: los libros que ellos habían conservado enterrándolos, y que nos los traían para aprender, por ejemplo, la teoría de la dependencia, la política exterior estadounidense sobre América latina, el Plan Cóndor que se estableció entre los militares del Cono Sur para detener, torturar y asesinar a personas independientemente de sus nacionalidades, y tanta información imposible de obtener de otra manera si no hubiera sido por estos profesores. Este *kikake*, es decir, esta coyuntura que me hizo estudiar en el instituto, fue para mí singular. Lo mismo sucedió en la Universidad de Luján, donde nos hicieron tomar conciencia sobre lo que había y estaba sucediendo en nuestros países. Por eso mi resistencia a ir a Estados Unidos como única ruta para continuar mi carrera.

—¿Era la única?

—También podía optar por Francia pero no otorgaban muchas becas. Tam-



poco me era posible ir a África para hacer la investigación de campo para mi tesis final porque no tenía dinero. La escribí con base en documentos y sobre el grupo étnico *kikuyu*, el más numeroso de Kenia, antes del colonialismo inglés, durante el siglo XIX. Tiempo antes había conocido a una profesora japonesa y ella me sugirió la posibilidad de ir a su país porque había un buen africanista, aunque, me dijo claramente, "estudiar el idioma es muy difícil". Así me lo imaginaba, pero, con tal de no ir a Estados Unidos, cuando terminé mi maestría en México, en el 94, tramité la beca que otorga el Ministerio de Educación de Japón y me la dieron. En abril del 95 llegué a Tokio. Estudié el idioma durante dos años y asistí a clases en mi calidad de *kenkyusei*, es decir, investigadora invitada. Finalmente, ingresé a la Universidad de Tsuda, en Tokio, donde cursé, durante dos años, la maestría en relaciones internacionales. Mi tesis se basó en una serie de entrevistas que realicé a personas japonesas, de diversas generaciones, que trabajaban en distintas organizaciones no gubernamentales en África. Me interesaba mucho saber sus motivaciones dado que, entre una y otra cultura, existen tantas diferencias. Después, cuando comencé a cursar el doctorado, consideré que mi tesis debía situarse específicamente en África, y lo hice a través de Sudáfrica. Viajé a ese país por primera vez en el 99, busqué y encontré muchos documentos y me enamoré de los años cincuenta.

—Época del comienzo del movimiento de masas contra el *apartheid*.

—Claro, y dentro de este movimiento me interesó mucho el surgimiento de la Federación de Mujeres y su lucha contra el *apartheid*. Este movimiento, que surgió en el 53 y llegó hasta el 63, tuvo estrategias muy interesantes para la participación política de las mujeres. El 9 de agosto del 56, 20 mil mujeres marcharon hacia

Union Buildings, en Pretoria, lo que tuvo un significado simbólico especial que iba más allá del hecho de tratarse de la sede central del gobierno. Sus dos cúpulas simbolizan la unión de *afrikaners* y británicos y era impensable que su anfiteatro, reservado para los grandes discursos, pudiese llegar a estar colmado de gente de todos los grupos raciales, en su mayoría africanas, y... ¡mujeres! Cómo lo lograron, cómo se organizaron en medio de la represión, de ese régimen racista y dictatorial, fue un descubrimiento apasionante para mí que después tuvo otras derivaciones, más allá de ser el objeto de la tesis que estoy trabajando para el doctorado. Sumado a esto, una amiga japonesa, Midori Iijima, que dicta un curso de español en la Universidad de Rikkyo, en Tokio, me propuso que ocupara su puesto durante el año pasado, ya que ella optaba por su año sabático y su plan era trasladarse a El Salvador para trabajar. Acepté y tuve la oportunidad de enseñar el idioma a personas que ya tenían un cierto nivel de español. Preparé el curso, basándolo en dos palabras japonesas que explican lo que una en español: *yukue fumeisha*: alguien que no se sabe dónde está.

—Desaparecidos.

—Desaparecidos. En Japón no se conoce mucho que durante las dictaduras hubo gente desaparecida en América latina y, cuando llegué al país, era difícil explicar qué significa ser desaparecido.

—¿Tampoco se sabía que también fueron desaparecidas hijas e hijos de familias japonesas establecidas en Argentina?

—A eso me iba a referir. A partir del año pasado ya se comprendió mejor qué es ser desaparecido: fue cuando se destapó en Japón algo que había estado oculto durante décadas: los casos de personas japonesas desaparecidas a finales de la década del setenta. Personas que fueron

secuestradas y llevadas a Corea del Norte para enseñar japonés a coreanos que después entraban a Japón como espías. La mayoría eran jóvenes y sus familias lucharon durante décadas para que el gobierno investigara. Después de más de 20 años se comenzó a saber la verdad. Fue también cuando la Asociación de Desaparecidos *Nikkei* de Argentina—*nikkei*: descendientes de japoneses—envió una carta a las familias japonesas de hijas e hijos desaparecidos en Corea del Norte, solidarizándose con ellas y recordando que el gobierno de Japón jamás hizo nada por los desaparecidos *nikkei* en Argentina. Toda esta situación conmocionó mucho a la sociedad japonesa.

—Debió haber sido importante también para el grupo que estudiaba español contigo.

—Sin duda. Para contextualizar la época de la dictadura argentina, ubicamos un concepto clave: la cultura del miedo, como principal mecanismo para controlar a la población que no era desaparecida. Nuestras herramientas de análisis y debates fueron videos, testimonios, canciones, documentos de la época. Así fue que algunas personas, repensando su propia realidad, presentaron trabajos muy interesantes sobre lo que fue la cultura del miedo en Japón, a través, por ejemplo, del accionar de la policía secreta, durante la época imperial, antes de la Segunda Guerra Mundial. Para el grupo fue una experiencia singular que le permitió mirar su sociedad a través de lo que, hasta ese entonces, parecía muy lejano: las dictaduras latinoamericanas.

—¿Y para ti?

—También. Más de lo que suponía porque, al tener que preparar las clases de español, releendo tantos textos y considerando, además, las investigaciones que estaba haciendo en Sudáfrica en relación con las luchas *antiapartheid*, com-

prendí que, en conjunto, era una forma indirecta de tratar de entender mi historia personal.

—¿Las respuestas que obtenías activaron tu repensarte?

—Sí. Villa Constitución, donde nació, fue uno de los lugares reprimidos durante el '75, un año antes del golpe de Estado.



Esa represión la viví de una manera muy difícil de digerir. Tal vez por eso, de un modo indirecto, al estudiar sobre otro lugar, por ejemplo Sudáfrica y el *apartheid*, trato de volver y verme a mí misma, de explicarme esos años en Argentina como los posteriores a la dictadura, cuando mi generación intenta, sin lograrlo, hacer la "revolución" que la generación anterior no pudo porque la desaparecieron. Entender Sudáfrica me hace ver a la Argentina y, a la inversa, pensar en la Argentina totalitaria también me sirve para entender el *apartheid*, las estrategias de lucha de las mujeres. Ahora me estoy dando cuenta de que, quizás inconscientemente, trato de entenderme, algo que nos pasa a todos aunque nos dé miedo.

—¿Cuáles son tus miedos?

—Explicarme lo traumáticos que me

resultaron los años setenta, no porque haya tenido personas desaparecidas cercanas, que no las tuve, sino por el terror que vivía cada día sin que hubiera una explicación, o cuánto más, ese doble discurso que se imponía, lo que me creaba, incluso, más inseguridad. Después, con los años, al entender cómo fue esa época, siento que me queda una sensación de culpa:

¿por qué no pude hacer otras cosas?, ¿por qué actué como actué?, y querer contestarlo es tan complicado, que por eso trato de responderme de otra manera, recurriendo a otras realidades parecidas, aunque obviamente todavía no lo conseguí. De ahí la temática sobre los desaparecidos en el curso de español en Japón, o mi idea de trabajar comparativamente la lucha de las mujeres de la Sudáfrica del *apartheid* con la de las Madres de Plaza de Mayo en la Argentina dictatorial.

—Continuar trazando puentes entre realidades nada lejanas.

—Claro, y también incluyo a Japón porque hay que recordar que de ser un poder imperialista, pasa a ser la víctima al final de la Segunda Guerra Mundial. Esto crea un trauma social y, además, cuando se negoció la rendición de Japón, se dejó a la persona del emperador, figura imperial y considerada divina. Desde luego, todo esto no es para mí rigurosamente materia de estudio, pero vivo en esa sociedad y veo que en Japón, sin haber pasado por un golpe de Estado, existen formas de control social a través de la cultura del miedo, del orden rígido, y me hacen pensar.

—Y regresar a vos misma, a Villa Constitución.

—Creo que de eso se trata. Estoy en Japón escribiendo la tesis sobre el movimiento de mujeres de la década del cincuenta contra el *apartheid*, y volveré a viajar a Sudáfrica... cuando en el fondo todo sea seguir *estando* en Argentina.